

## **Crítica de arte**

### **El salón oficial**

Un acontecimiento de máxima importancia lo constituye este año el Salón Oficial que, acoplado a las ceremonias del IV Centenario de la fundación de la ciudad, es de aquéllas la más espiritual manifestación.

Los artistas chilenos han sabido dar brillantez a este certamen enviando sus obras más significativas y valiosas. Se puede afirmar que nos hallamos ante una auténtica retrospectiva de la pintura chilena de los últimos veinte años. El número de obras expuestas pasa de mil. Y sin poder afirmar que todo lo enviado sea perfecto, sí diremos que el término medio de estas telas y esculturas alcanza un módulo de calidad muy alto.

La pintura chilena se encuentra en un momento ascensional. No podemos afirmar rotundamente que haya alcanzado su madurez plena, pero va camino de ello. Las manifestaciones de vigor, de profundidad, de emoción plástica, son demasiado claras para que ellas no estén anunciando un momento de plenitud. Cuando se contempla detenidamente cada una de las obras enviadas a este Salón, la evidencia de un porvenir halagüeño se hace bien patente.

No se trata de obras sueltas, de pequeños ensayos o de productos desmedrados de un arte enteco, sino de algo que lleva en sí la marca de un estilo y de un carácter específico, y que nos habla con lenguaje muy comprensible del nacimiento de una pintura sui géneris. Cuando esto es así, y no de otra ma-

nera, no se puede hablar de simple azar, de coincidencias. En Chile está naciendo una pintura de hondo valor estético. Precisamente cuando en el mundo se observa un estancamiento o, mejor, un retroceso.

El factor decisivo para la determinación de un arte nacional lo constituye el nexo estilístico que une las creaciones aparentemente disímiles. Esta línea de unión, especie de meridiano ideal, no es necesario que esté en la pintura en sí como algo inmanente; puede estar fuera de ella, incluso son características extrapictóricas: temperamento, vigor, fuerza, equilibrio, sello racial. Rafael difiere pictóricamente de Tiziano, hay en ellos peculiaridades muy diversas, pero están unidos por la línea estilística renacentista. Este vigor, este equilibrio, esta fuerza, los hallamos en nuestro arte. Condiciones impuestas por el ardor juvenil de un pueblo en formación. Pero hay algo más en la pintura chilena que creo haber dicho alguna vez. Me refiero a factores simplemente pictóricos, que son debidos a la influencia de la luz y del medio vital, a un cierto determinismo ambiental, en definitiva, que es el que da carácter a esta pintura hecha fundamentalmente de armonías tonales y cromáticas. No quiero decir que sea colorista por la viveza del color y por la ampulosidad del mismo, como es, sobre todas, la pintura española, sino armónica en el empleo y utilización de las gamas. Un cuadro puede estar muy bien armonizado desde el punto de vista del color y presentar una cierta anemia cromática. Equilibrio tonal, buen gusto, sensibilidad en la captación del color. Eso hallamos con frecuencia en estas telas.

A medida que en Europa el arte sufre la imposición de una mudez momentánea, a medida que se acallan los ecos espirituales que nos venían del continente europeo, las manifestaciones culturales de América alcanzan una más honda significación. Es necesario aprovechar esta cruenta tregua. Todo lo que nosotros hagamos en estos momentos por elevar el «standard» científico y espiritual de nuestra vida será poco frente

al cataclismo de la vieja Europa, si no va acompañada esta actividad de una mejora constante, de un salto más enérgico y vigoroso hacia la perfección. Hagamos, construyamos y creemos para conservar las esencias de la más alta idealidad.

\* \* \*

De ahí la gran importancia que alcanza el Salón y todas las manifestaciones semejantes que se celebren. Estos artistas producen, pero lo hacen—lo que es más significativo—libérrimamente, sin trabas y con la suficiente y necesaria serenidad de espíritu. Enfrentándose con su arte, sin que entre ellos y éste se interponga nada que enturbie la visión, viendo con los ojos claros y con el espíritu cordial la magnífica belleza que les rodea. Ven nuestros pintores con pasión, pero con pasión reflexiva, pasión que se equilibra con la razón; inclinación tenaz y medida hacia las cosas del espíritu; natural y espontáneo instinto de la pintura. Nuestros artistas saben tener frente a la realidad una actitud certera.

El arte chileno es, no obstante esa madurez señalada, producto del instinto. Su pintura está hecha de elementos intuitivos y de vocación indeclinable. Cuando el sol de las tardes claras pone luces doradas en las ásperas vertientes andinas, el artista chileno siente el imperativo categórico que le lleva a ese dominio colorista de que hemos hablado. Pero el instinto del color no está siempre acompañado del dominio técnico. Aunque Vlamínck ha dicho que en la pintura no hay más que dos cosas: el instinto y el don, son éstas, sin embargo, insuficientes para llevar el arte a la culminación a que han llegado algunos países europeos por el maridaje de la escolástica con el instinto plástico.

\* \* \*

Una mirada elemental al Salón nos hace comprender rápidamente la concurrencia extraordinaria de buenos artistas. Todas las tendencias están representadas en este abundante certamen. Intentar una crítica ordenada y sistematizada sería imposible. No podríamos tampoco inclinarnos gustosamente por nuestras preferencias sin peligro de caer en una lamentable parcialidad. Los caminos de avanzada, que a mí personalmente me agradan, no podría recorrerlos sin pensar antes en las corrientes de tradición que están pidiendo también un comentario. «La crítica—ha dicho Ortega y Gasset—no se justifica, si no se propone completar la obra. Esto quiere decir, por lo pronto, que el crítico ha de introducir en su trabajo utensilios sentimentales e ideológicos merced a los cuales puede el lector medio recibir la impresión más intensa y clara de la obra, que sea posible. Dotar al lector—añade más adelante—de un órgano visual más perfecto». Puede parecer en mí pretensión desmedida mostrar caminos, pero el intento está ahí y vale por el afán intencional.

\* \* \*

He dicho que todas las tendencias están representadas en el Salón. Ello demuestra la inquietud que ha atenazado siempre a los pintores chilenos. Desde el arte fríamente objetivo de Richon-Brunnet hasta Camilo Mori, preocupado por una expresión impalpable de sensaciones cerebrales, todo está en esta exposición.

Los artistas venezolanos han tenido la deferencia de enviar un numeroso núcleo de sus mejores pintores. La pintura del país hermano adolece de su excesivo contacto con el arte aborigen. Sus características son la ingenuidad y la falta de

sentido constructivo. Pero no está carente este envío, por otra parte, de atisbos de que podrá llegar a dar una mayor medida estética con el tiempo.

Un artista veterano, profesor de varias generaciones de pintores, Pablo Burchard, ha obtenido la máxima distinción: el premio de honor. Burchard deja tras de sí una extensa obra pictórica. Aun ahora, cuando los arrestos juveniles parecen pasados, nos sorprende con el colorido pimpante y fresco de sus óleos. Impresionista constructivo, es decir, discípulo, a su manera, del francés Cézanne, su obra no ha perdido en actualidad. Sabe ser sincero y apasionado. Su paleta, sin ser muy extensa, es lo suficientemente rica para que las gamas resulten ampulosas y sensuales. Sus verdes son característicos en los paisajes, muy dentro de la armonía del impresionismo. Sus retratos tienen, por el contrario, un mayor rigor constructivo. Burchard no se permite ninguna fantasía en la representación de la figura humana. Estiliza, suprime, pero moderadamente, sabiendo acentuar el rasgo psicológico tan necesario en estas obras. Uno de los retratos enviados al certamen recuerda por más de un motivo a los maestros del Renacimiento — salvando todas las distancias—. A pesar de todo, el envío de Burchard no está a la altura del prestigio que goza en nuestros medios artísticos. El premio le ha sido discernido a su labor total.

Agustín Abarca y Humberto Umeres han obtenido los primeros premios. Abarca es un pintor de tendencias académicas. Sus obras se hallan sometidas al subjetivismo técnico más absoluto. Sin embargo, en sus paisajes hay un deseo de penetrar en la entraña del alma de la naturaleza. Abarca es sincero a pesar de su lirismo poético. Emplea tonos apagados, fríos, sin brillantez. Su cromatismo es suave y por ello de estos paisajes se desprende toda la poesía que caracteriza a los rincones sureños. Umeres siente una mayor inquietud por las tonalidades actuales. Más sensual que Abarca, hay en sus óleos un regusto de tonos vibrantes y sabrosos. La «pasta» es abun-

dante y generosa y sus manzanas—dentro de una técnica muy respetuosa con el pasado—tienen calidad. Ha enviado Umeres algunos excelentes retratos femeninos.

Otros nombres que es necesario comentar, siquiera sea brevemente: Aída Poblete, muy personal en el empleo de los neutros; Alfredo Aliaga, cuyo envío cuenta con algunas telas de indudable calidad. Aliaga destaca por la sinceridad y por la sensibilidad que muestran sus visiones de la naturaleza chilena; Henriette Petit, muy moderna; Jorge Caballero, de un impresionismo muy moderado; Gregorio de la Fuente, tan armonioso y rico en el color; Ladislao Cheney, maestro indiscutible de la técnica.

Siguen Ortiz de Zárate, Juan Soyka, Héctor Cáceres, Santelices, Torterolo, María Tupper, Víctor Cuevas, Ximena Cristi, Manuel Quevedo, Camilo Mori, Fernando Morales...

Víctor Delhez, artista belga, muy conocido en Europa, ha enviado una serie magnífica de estampas sobre *La Danza Macabra*. Descuellan las obras de Lobos, Héctor del Campo y Villanueva. En la acuarela, I. Roa, Pablo Burchard—hijo—, Roser Brú y A. Abarca.

El excelente escultor Samuel Román Rojas ha obtenido, por su conjunto, el premio de honor de la Universidad de Chile. En su envío destaca una obra esencial y fundamentalmente escultórica: *Olimpiada*. Se trata de un desnudo en el cual la materia —terracota—adquiere palpitación vital. Y en él concuerdan la serenidad clásica de la línea con el gusto muy moderado y contenido por lo actual. Domínguez expone también un notable desnudo, mas dentro, sin embargo, de las características de hoy. Esta obra, trazada con un sintetismo acentuado, logra dar una absoluta sensación de calidad humana. Otros nombres de la sección escultura: Julio Antonio Vásquez, Lily Garafulic—muy valioso su envío—y Laura Rodig. En las obras de arte decorativo destacan las cerámicas — muy bien obteni-

dos los tonos—de René Román y unos «affiches», cuyo autor no recordamos en este momento.

Y aquí ponemos fin a la reseña de este Salón admirable por la calidad de algunas de sus obras y cuyo solo defecto está—a mi parecer—en la excesiva abundancia de los envíos, lo que se traduce a veces por una cierta desorientación en el espectador. La visita al Salón llega a fatigar al visitante medio. Todo esto no impide que su organización—dados los inconvenientes que se presentaban—haya sido un triunfo para la Universidad de Chile.

#### Otras exposiciones

En salas particulares de Santiago se han inaugurado durante el mes las exposiciones de los artistas Flores Kaperotxipi, vasco, y Luis Sangroniz, chileno que residía desde hacía tiempo en España. Se trata de artistas preocupados más que por éxitos puramente estéticos, de obtener resultados económicos, realizando una obra de concesiones numerosas y fáciles al gusto del público. El señor Kaperotxipi ha expuesto una serie de estampas vascas, inspiradas en las escenas bucólicas del campo éuscaro, tan semejantes entre sí que parecen momentos diversos de una misma ceremonia ritual pánica. Precedido de una propaganda excesiva, este pintor español no ha demostrado la excelente fama que es característica en los artistas peninsulares. Su cromatismo es pobre y, sobre todo, mal armonizado. Parece desconocer las leyes que rigen el color. Construye y dibuja bien, mas Kaperotxipi parece más preocupado por el asunto que por la pintura en sí.

Luis Sangroniz ha expuesto una serie de retratos de nuestro mundo aristocrático. El arte frío y sin pasión de este artista se alía perfectamente a los designios de su autor. Sangroniz, como Boldini y Lazlo, buscan el éxito apoyándose en el halago a la vanidad de los modelos. Rehuye hacer una obra

profunda y psicológica de todo aquello que no contribuya a realzar falsamente a sus retratados. Y, naturalmente, en este juego de la vanidad realiza un gran papel, no solamente el boato y la suntuosidad de los ropajes, sino la abundancia de las condecoraciones y escudos. El señor Sangroniz, en su deseo de atraerse la admiración de un público fácil, no desdeña nada. *Flor de Arauco* es una obra falsa con un desnudo sensual, lejos de todo contacto, lógicamente, con las costumbres de los hombres del Sur. *La Copla* es una españolada de dudoso gusto. No faltan aquí tampoco los desnudos que enmarcan al *Niño del Albaicín*, un bailarador de opereta, con pantalones de alpaca y miradas de galán cinematográfico, muy de acuerdo con un arte que tiene ahora en la península mucha boga. Junto a estos desnudos opalescentes destaca el rostro melífluo de un poeta que es ahora, también, la flor y nata del lirismo castellano. Hemos nombrado a Góngora, don Manuel.

ANTONIO R. ROMERA,